

CAPITULO CXXI.

Guerra de Castilla con Navarra y Aragon.—Guerra contra los infieles.—Memorable batalla de Sierra Elvira ó de la Higuera.—Nueva guerra contra los moros.—Nueva tregua con Aragon y paz definitiva.—Nueva liga contra el condestable.—Destierro de este.

Con el regreso del condestable á la corte, varió completamente de aspecto la situación general del reino.

Las alianzas y confederaciones de aquellos nobles, dispuestos siempre á la rebeldía, quedaron disueltas; arregló la cuestión de la dote de su hermana y de los mantenimientos de su cuñado, el infante D. Enrique; despidió para sus tierras á la mayoría de los grandes, que con su presencia en la corte eran un manantial perenne de discordias, y finalmente procuró que saliese de Castilla el rey de Navarra, que era un huésped harto peligroso.

De nuevo estuvieron á punto de romperse las hostilidades entre Navarra, Aragon y Castilla, á consecuencia de haberse negado don Alfonso V á firmar el convenio ajustado, y solamente merced á los esfuerzos del cardenal de Foix, legado del papa, y á los de la reina de Castilla D.^a María, que como sabemos, era hermana del navarro y del aragonés, se pudo evitar aquel deplorable extremo.

Otra vez el infante D. Enrique se rebeló, y mientras D. Rodrigo Alonso Pimentel, conde de Benavente, por mandado del Rey se iba apoderando de las villas y lugares de que los infantes D. Enrique y D. Pedro se habían apoderado en Extremadura, continuaban las embajadas y los mensajes entre los reyes de Navarra, Aragon y Castilla, sin poder llegar á una avenencia, acometiéndose los caballeros de unos y otros reinos en las respectivas fronteras, y sembrando con esto, como es consiguiente, la perturbacion por todo el reino.

Finalmente, en 1430, despues de haberse hecho grandes preparativos en Castilla para entrar definitivamente en Aragon en son de guerra, pudo ajustarse una tregua por cinco años entre el monarca de Castilla y su hijo, el príncipe de Asturias por una parte, el rey de Aragon, el de Navarra y el príncipe de Viana, heredero de este, por otra, tregua en la cual quedaron comprendidos los infantes D. Enrique y D. Pedro, pudiendo con este motivo D. Juan II utilizar los armamentos que habia hecho, para llevar la guerra al territorio granadino, objeto constante de sus deseos.

Mohammed Al Zakir el Albayzari (el *Izquierdo*), que ocupaba á la sazón el solio de Granada, envió embajadores al castellano, pidiéndole nuevas treguas y ofreciéndole su ayuda, pero D. Juan, que solo deseaba buscar un pretexto, rechazó sus ofertas diciéndole, que le concedería la tregua solicitada por un año no mas, á condición de que diese libertad á todos los cristianos cautivos, y que le reconociese vasallaje, pagando en virtud de él anualmente una cantidad determinada.

Fácil es comprender que esta respuesta no seria del agrado del granadino, y en su consecuencia la guerra dió comienzo con gran encarnizamiento.

D. Alvaro de Luna, que habiendo envidado de su primera esposa D.^a Elvira Portocarrero, acababa de contraer nuevas nupcias con D.^a Juana Pimentel, hija del conde de Benavente, fué á hacer la guerra llevando tres mil lanzas por su cuenta, que tanto era ya el poder que tenia el omnipotente favorito.

El Rey dirigióse tambien á la frontera, y bien pronto las huestes castellanas penetraron en el territorio musulman, donde ya se tenia noticia de semejante movimiento.

El condestable, que por allora habia penetrado en la vegagranadina, tan luego hubo sentado sus reales, envió un reto al rey de Granada para que le hiciese la honra de presentarse á combatir con él, en aquel sitio, para lo cual le esperaba aquel dia y el siguiente.

No habiendo aceptado el reto el granadino, regresó D. Alvaro á Antequera, y unida despues toda la hueste, fué á sentar el Rey su real al pié de Sierra Elvira, en las cercanías de Granada.

Mohammed habia reunido un ejército tan considerable, que según las crónicas, se elevaba á la cifra de doscientos mil peones y cinco mil caballos, lo cual creemos un tanto exagerado.

Pero sea de ello lo que quiera, sobrepujaban en número á los cristianos, lo que no impidió á estos presentarles resueltamente la batalla, que permaneció indecisa algun tiempo, hasta que el condestable, al frente de sus caballeros, lanzóse sobre las apiñadas huestes musulmanas, que no pudiendo resistir el formidable empuje de aquella abalancha de hierro, comenzaron á ceder, pronunciándose finalmente su desordenada fuga, en la cual tambien sufrieron pérdidas considerables.

Tan memorable batalla, llamada de la Higuera, ó de Sierra Elvira, tuvo lugar en 1.^o de julio de 1431, siendo este, como dice un moderno historiador, el hecho mas notable de armas de don Juan II, y en que pareció haber revivido el antiguo ardor bélico de los vencedores de las Navas y del Salado (1).

La debilidad del Rey, las discordias suscitadas por las envidias de los nobles respecto á D. Alvaro, hicieron que de esta batalla no se recogiera todo el fruto que se debía, retirándose á Córdoba, despues de devastar el país en tres leguas á la redonda.

De Córdoba pasó el Rey á Toledo, donde celebró un tratado de paz con el rey de Portugal, prestando su ayuda para que se apode-

(1) Según el bachiller Cibdareal, testigo de esta batalla, el número de muertos y heridos que tuvieron los moros, fué de mas de treinta mil.—*Centón*—epístola LI. Los autores árabigos, citados por Condé, dicen tambien que nunca el reino de Granada tuvo una pérdida tan notable como la de esta batalla.

rase del trono de Granada á un caballero musulman de estirpe real, llamado Jussuf Ben Alhamar, el cual, si bien consiguió algunos triunfos, obligando á Mohammed á refugiarse en Málaga, murió al poco tiempo, recobrando este el trono, y ajustando con el rey de Castilla una tregua de un año, obligándose á pagarle el tributo.

Muchos disturbios ocurrieron en Castilla, promovidos por las facciones que sin cesar se alzaban contra el condestable, facciones en las cuales tomaban parte, como siempre, los infantes D. Enrique y D. Pedro, consiguiendo poner preso al segundo, teniendo para obtener su libertad, que mediar el rey de Portugal.

D. Fadrique de Aragon, conde de Luna y nieto del rey don Martin, que se habia refugiado en Castilla, y á quien D. Juan II hizo grandes mercedes, formó un complot con otros dos caballeros de Sevilla, para saquear á los mercaderes genoveses y otros ricos comerciantes de la ciudad, pero descubierto plan tan criminal, don Fadrique, gracias á las consideraciones debidas á su estirpe real, fue recluido en un castillo donde murió miserablemente, mientras que los dos caballeros, sus cómplices, sufrieron la pena de muerte, siendo despues descuartizados.

Al mismo tiempo el rey de Castilla, ponía en libertad á un hijo bastardo del rey D. Pedro I, llamado D. Diego, que habia estado cincuenta años en el castillo de Furiel, señalándole para su residencia la villa de Coca.

Terminada la tregua con los moros, rompieron las hostilidades por la parte de la frontera, y aun cuando se obtuvieron señalados triunfos por las armas cristianas, acibaró la alegría producida por estos, la catástrofe de los caballeros de Alcántara, que penetrando por la parte de Ecija, cayeron en una emboscada de los infieles, pereciendo quince comendadores, todos los capitanes é hidalgos de Ecija, elevándose la pérdida total al número de mil peones y ochocientos ginetes.

Tambien el adelantado de Cazorla, Rodrigo de Perea, pereció en una irrupcion que hizo por los campos de Baza, quedando derrotada su hueste.

Mientras estos hechos tenian lugar en la frontera, el rey de Francia, Carlos VII, renovó su alianza con el castellano, esperando obtener auxilios de este contra el rey de Inglaterra, objeto que generalmente presidia siempre á esta clase de alianzas.

La tregua con el aragonés y el navarro habia terminado tambien, pero vencidos y prisioneros aquellos, en un combate naval, sostenido contra los genoveses, por medio de la reina D.^a María prorogóse la tregua, y cuando finalmente quedaron libres los reyes, ajustáronse paces perpétuas bajo la base del matrimonio del príncipe de Asturias, D. Enrique, con D.^a Blanca, hija del rey de Navarra, matrimonio bien desdichado por cierto, como tendremos ocasion de ver.

La influencia de D. Alvaro de Luna en Castilla seguia creciendo de una manera tal, que sus riquezas su poder y su orgullo, concitaban cada dia con mayor fuerza contra él la envidia y la animadversión de los caballeros castellanos, que reunian todos sus esfuerzos para derribarle.

El verdadero rey lo era él; acumulaba sobre sí cargos y dignidades, y su voluntad era la que imperaba en el reino sobre la del mismo monarca.

El adelantado D. Pedro Manrique, por haber manifestado ostensiblemente su disgusto, fue reducido á prision, pero á su vez sus hijos y parientes comenzaron á moverse, y habiéndose podido evadir del castillo de Fuentidueña, donde estaba encerrado, unióse á los suyos, escribiendo desde Medina de Rio Seco, una carta al Rey, tanto él como su hermano el almirante de Castilla, para que separase de su lado al condestable; pero el Rey sin acceder á ello, preparó su hueste para combatirles, declarándoles rebeldes y traidores, dignos por lo tanto, de ser tratados como tales.

Con la llegada del rey de Navarra y del infante D. Enrique, sin una causa justificada, complicáronse los negocios castellanos, cosa que siempre sucedia al presentarse aquellos turbulentos personajes, que fueron una verdadera calamidad para Castilla.

El primero reunióse con el Rey, pero el segundo hizo causa común con los rebeldes.

Merced á los esfuerzos de algunos venerables religiosos, consiguióse que los dos bandos trataran de llegar á un acomodamiento, para lo cual se reunieron en Castro Nuño comisionados de uno y otro campo, ajustándose una especie de tratado, extraordinariamente humillante para el Monarca, pues en él se consignaba que don Alvaro saliera desterrado de la corte por término de seis meses sin que el Rey pudiera recibir carta alguna de él ni tratar nada que fuese en daño de los príncipes y caballeros de la liga; que al rey de Navarra y al infante D. Enrique se les retribuiesen todas las villas y heredamientos que poseian en Castilla, anulándose todos los procesos incoados contra cualquiera de los confederados, dándose un perdon general.

En virtud de esto, el condestable abandonó la corte dirigiéndose á la villa de Sepúlveda, que el Monarca le cedió en cambio de la de Cuellar, que quedó para el rey de Navarra, aun cuando muchos preveian que no duraria mucho aquel destierro.



D. ÁLVARO DE LUNA.

Hiera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CXXII.

Situación lastimosa en que quedó el reino después del segundo destierro del condestable.—El Príncipe de Asturias D. Enrique casa con la infanta D.^a Blanca de Navarra y se rebela contra su padre.—Combate en Medina del Campo.—Desdichada situación del rey de Castilla.—Reúne de nuevo con el condestable.—Famosa batalla de Olmedo.—Insurrecciones en Granada.—Contrae D. Juan II nuevas nupcias con D.^a Isabel de Portugal.—Nueva conjuración contra el condestable.—Sublevación de Toledo.

Lógico era que al desaparecer la mano que hasta entonces había enfreñado tantas ambiciones, estallaran estas con violencia y la situación del reino fuera á cada momento mas deplorable.

Todos los magnates aspiraban á obtener la privanza del Monarca, pero este, manteniendo secretas inteligencias con D. Alvaro, solamente se guiaba por lo que sus agentes le indicaban.

Un día desapareció el Rey de Castronuño con dirección á Salamanca, la que abandonó precipitadamente al saber que los confederados iban en su seguimiento, retirándose á Bonilla de la Sierra.

Defraudados en sus esperanzas los coaligados, fuéronse á Avila en 1440 y desde allí dirigieron al monarca un acta de acusación contra D. Alvaro, sumamente terrible, haciéndole los mayores cargos y fulminando contra él las mas furibundas exageradas y terribles acusaciones.

El Monarca no dió contestación alguna, hasta que habiéndose entablado nuevas negociaciones y nombrado árbitros para dar solución á aquel asunto, que lo fueron los condes de Haro y de Benavente, reuniéronse todos en Valladolid pidiendo inmediatamente el Rey, seguro para D. Alvaro, que sus enemigos le concedieron sin vacilar.

En este estado, sucedió que el príncipe de Asturias, D. Enrique, después de un consejo celebrado entre su padre el rey D. Juan de Navarra, el infante D. Enrique, el almirante y otros varios magnates, abandonó el alcázar sin la vena de su padre, dirigiéndose á la casa que ocupaba el almirante y poniendo por condición para regresar al palacio que quitase el Rey de su consejo á los personajes que indicó.

Desde este momento aparece ya la influencia de otro nuevo favorito que privaba en gran manera con el príncipe de Asturias, llamado D. Juan Pacheco.

Por este paso podía augurarse lo que mas adelante sucedería, y D. Juan II al objeto de apartar á su hijo de perniciosas influencias, apresuró su enlace con la princesa D.^a Blanca, hija del rey de Navarra, que se celebró en Valladolid, turbándose únicamente la alegría de aquel acontecimiento con la noticia que circuló por la corte y que la crónica de aquel reinado consigna fielmente, de que la princesa desposada había quedado doncella y tal cual nació (1), lo cual produjo el escándalo consiguiente.

Por estos mismos días falleció el adelantado mayor, Pedro Manrique, causa que había sido de las anteriores alteraciones y de padados trastornos.

El príncipe de Asturias persistiendo en la conducta iniciada con su marcha á la casa del almirante, declaróse en abierta rebelión poco después, uniéndose á los infantes de Aragón, encendiéndose con este motivo la guerra civil entre las gentes del Rey y el Condestable y las que acudían al príncipe de Asturias, el rey de Navarra su hermano y sus demás parciales.

En Medina del Campo fue sorprendido aquel por estos, y aun cuando D. Alvaro peleó desesperadamente defendiéndole, no pudo evitar que el Monarca cayese en poder de sus contrarios, si bien D. Alvaro, á ruegos del mismo rey, escapó de la villa con algunos de sus partidarios.

Una vez el Rey solo, cesó el combate, y todas las hechuras, todos los amigos de D. Alvaro fueron alejados de la corte, huyendo tambien muchos de ellos.

Estraordinarias fueron las humillaciones, las exigencias y hasta las faltas de decoro impuestas por aquel rey de Navarra, que parecia cuidarse mas de los negocios ajenos que de los propios, por el almirante, por el infante D. Enrique y por todos los demás caballeros de su bando, pues desde la sentencia pronunciada contra el Condestable, poco después de la entrada en Medina del Campo, hasta la desdolorosa y humillante vigilancia ejercida respecto al Rey en Tordesillas, todo impresionó dolorosamente el ánimo viéndolo á qué triste extremo, á qué vergonzosa situación había descendido la monarquía castellana.

Esta situación vino á desenlazarse, merced al obispo de Avila D. Lope de Barrientos, consiguiendo que se entendieran el Rey y su hijo el príncipe de Asturias, el Condestable y otros varios caballeros, y prosiguiendo sus negociaciones con una habilidad superior á todo elogio, consiguió salir airoso con su empresa, reuniendo al Monarca, al Príncipe y al Condestable, afianzándose de tal modo la situación, que el rey de Navarra decidió retirarse á sus estados en los que siempre debiera haber permanecido y los demás caballeros á sus villas y castillos.

Pero muy pronto volvió el navarro al suelo castellano protegido por el conde de Medinaçeli, al cual se les unió el incansable revolucionario D. Enrique, hermano del primero, que no vivía mas que entre las revueltas y trastornos adelantándose ambos por las comarcas de Atienza, Torija, Guadalajara y Alcalá.

D. Juan, que á la sazón se hallaba en Medina del Campo, dirigióse inmediatamente hácia aquellos puntos, recibiendo en el camino la infausta nueva de la muerte de la reina viuda D.^a Leonor de Portugal que estaba en Toledo, y poco después la de su es-

(1) Crón. de D. Juan II, pág. 441.

posa D.^a María, reina de Castilla acaecida en 1443 en Villacastin.

A consecuencia de la catástrofe de estas dos reinas hermanas, muertas en tan corto espacio, díjose si se las había envenenado con ciertas yerbas, siendo acusado D. Alvaro por sus enemigos, de este crimen.

D. Enrique y el rey de Navarra se dirigieron hácia su villa de Olmedo; los de dentro, fieles al monarca, quisieron defenderse, mas vencedores aquellos y tomada la población los hicieron degollar al día siguiente.

El rey de Castilla, siempre en persecución del de Navarra, fijó sus reales en Arévalo, en donde se le incorporaron el príncipe su hijo, el condestable D. Alvaro de Luna, los condes de Haro y de Alva, D. Iñigo Lopez de Mendoza, señor de Hita y de Buitrago, con otros varios caballeros y prelados, entre ellos el obispo de Cuenca D. Lope de Barrientos, que lo había sido de Avila.

Unióse en Olmedo, al rey de Navarra, todos los enemigos del Condestable, entre ellos el almirante D. Fadrique, el conde de Benavente, el de Castro y otros, todos los cuales habían figurado en las rebeliones anteriores.

Estos dos bandos se preparaban á una lucha formidable.

El de Castilla movió su hueste hasta cerca de la villa de Olmedo, donde se dió la batalla en 29 de mayo de 1443, quedando la victoria por el Monarca, muriendo en Calatayud de resultas de la herida que recibió en el combate, el perturbador infante D. Enrique y regresando á sus estados de Navarra, su hermano D. Juan.

Después de este triunfo, fácilmente se comprende, que el poder de D. Alvaro debió crecer estraordinariamente, y á tal punto llegó, que el Monarca nada resolvía sino lo que su favorito deseaba.

Así fue, que á pesar de que D. Juan II se mostraba dispuesto para contraer nuevas nupcias con la hija primogénita del rey de Francia, como D. Alvaro lo deseó, quedó ajustado su enlace con la infanta D.^a Isabel, hija del infante D. Juan de Portugal.

Por este tiempo, una insurrección arrojó del trono de Granada al rey Mohammed el Izquierdo, sucediéndole un sobrino suyo llamado Aben Ozmin, mientras que otro primo de este, llamado Aben Ismail, que se había refugiado en Castilla, huyendo de las persecuciones de su tío Mohammed, con el auxilio de D. Juan II, marchó á disputar el trono á su pariente.

Esta protección, provocó por parte de Aben Ozmin, una serie de entradas y talas por los dominios castellanos, que favorecidas por las divisiones que existían entre los magnates del reino, permitieron regresar á Granada victoriosos siempre y cargados de botín.

A pesar de lo angustiosa que era la situación para el rey de Castilla rodeado constantemente de enemigos, celebró solemnemente sus bodas con D.^a Isabel de Portugal, en la villa de Madrigal en agosto de 1447.

Precisamente aquello con lo que el condestable había contado para seguir sosteniendo su privanza, fue lo que mas contribuyó para su caída.

D. Juan II comenzó á cansarse del predominio que sobre él ejercía D. Alvaro y al hablar de ello á su esposa, encontróla tan perfectamente dispuesta para derribar al que tanto contribuyera á su elevación, que entre ambos concertaron ya la prisión del Condestable, aun cuando por entonces mantuvieron en secreto su decisión.

D. Alvaro, el marqués de Villena D. Juan Pacheco, favorito como sabemos del príncipe D. Enrique y el obispo de Avila don Alonso de Fonseca, concertáronse al objeto de gobernar ellos solos al Rey y al Príncipe, para cuyo efecto acordaron prender á varios de los caballeros, que rebeldes en otro tiempo, después de la batalla de Olmedo, habíanse mostrado fieles y leales al Monarca.

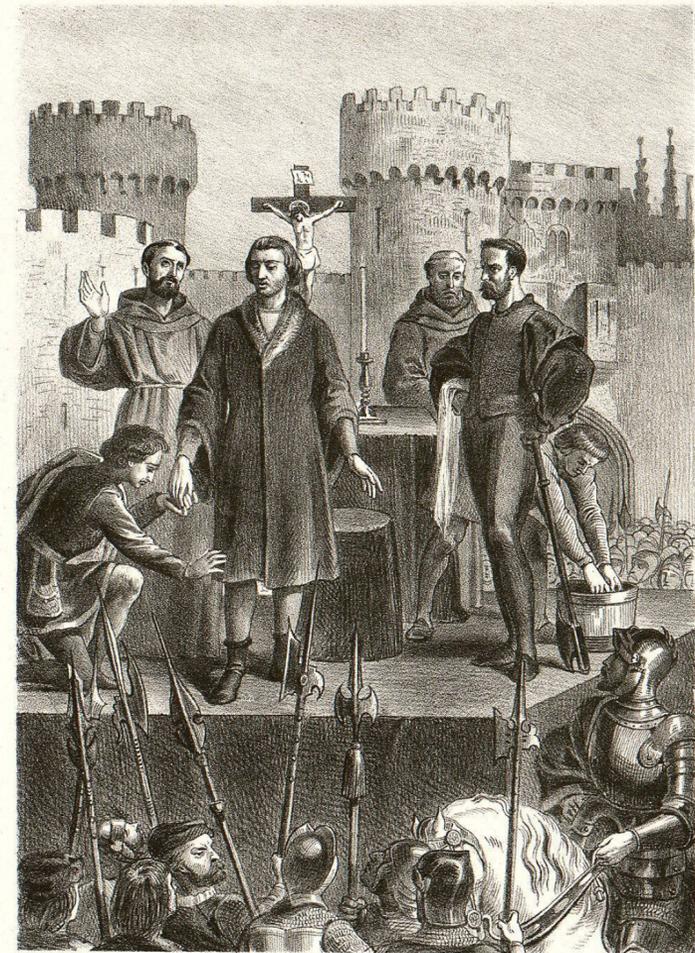
Hízose así, logrando salvarse el Almirante y el conde de Castro, que se refugiaron en Aragón, causando estas prisiones gran perturbación y disgusto en el reino.

El conde de Benavente que había conseguido fugarse de la fortaleza de Portillo, fortificóse en la villa de Benavente la cual fue tomada por las tropas del rey, viéndose él obligado á refugiarse en Portugal.

A la par que estos sucesos tenían lugar, los aragoneses batían y desbarataban á los fronteros castellanos, los navarros acudidos por D. Alfonso, hijo bastardo de aquel Monarca, acometían á la ciudad de Cuenca, los moros de Granada entraban impunemente en los dominios castellanos y finalmente el rey de Navarra, el Almirante y el conde de Castro aliándose de nuevo con el príncipe de Asturias y con otros caballeros castellanos, trataron de poner en libertad á los presos y derribar al favorito.

Al mismo tiempo la ciudad de Toledo alzóse contra el Monarca en 1449, á causa de un empréstito forzoso que el Condestable pidiera á la ciudad.

A la voz de un mercader de odres, alborotóse el populacho porque decían que estaba escrito sobre una piedra en antiguas letras góticas *soplará el odrero y alborozarse ha Toledo*; y por lo tanto aquella tradición hábilmente explotada, tuvo un éxito estraordinario.



MUERTE DEL CONDESTABLE D. ALVARO DE LUNA.